



Reseñas

Toruño-Haensly, Rhina y Nelson, Ardis L., eds. *Juan Felipe Toruño en dos mundos*. Lawrence, MA: Cambridge BrickHouse, 2006. [Hipertexto](#)

En ese campo de estudio que, como señala Nicasio Urbina en la introducción de este libro, hoy llamamos centroamericanismo es inevitable el encuentro de escritores que le pertenecen a más de una patria. Por eso no es raro que haya guatemaltecos que escriban en perfecto nicaragüense y hondureños que dominen las peripecias del salvadoreño. Esta doble pertenencia es parte de un trasiego de fronteras que tiene mucho que ver con el legado de las migraciones prehispánicas, las encrucijadas coloniales, la utopía unionista heredada del siglo XIX y, sobre todo, los exilios del siglo pasado. En este trajinar, tampoco faltan los azares, como el naufragio que llevó al nicaragüense Juan Felipe Toruño (1898-1980) a radicarse en El Salvador. En y entre estos dos mundos se desarrolla una obra que, como en el mejor modernismo, se compone de crónica, poesía, narrativa, crítica, artículos periodísticos, cartas y relatos de viaje.

Toruño llega a la que sería su patria definitiva a la edad de veinticinco años, que ya es mucha edad para un modernista. Es decir, como buen modernista, a esta edad ya había sido no sólo profesor, poeta y periodista, sino también soldado del ejército liberal que en Nicaragua luchaba contra la intervención norteamericana. Precisamente, en el espacio del modernismo, no como escuela sino como campo intelectual, Toruño adquiere una concepción cultural del yo romántica, liberal, martiana, en fin, dariista y panamericana, que se manifiesta tanto en su obra como en su magisterio.

Por lo tanto, *Juan Felipe Toruño en dos mundos* busca reconstruir un itinerario a la vez geográfico e intelectual. Se compone de veintidós ensayos en torno a la obra de Toruño: nueve estudios sobre su narrativa, cinco sobre su poesía, tres sobre su crítica, cuatro sobre su magisterio y el último sobre algunos usos del español centroamericano en su narrativa. El libro se abre con una cronología en la que resaltan algunos eventos que marcaron la vida de Toruño y se cierra con una bibliografía detallada de la treintena de libros que alcanzó a publicar, entre los que destacan ocho de poesía, dos novelas, uno de relatos, dieciséis de crítica y dos de crónica.

A través de los estudios incluidos en este libro se nos transmite la imagen de un escritor que se movía con extraordinaria versatilidad entre varios mundos intelectuales, es decir, varias mesas de trabajo. Nos queda la impresión de que Toruño pertenece a esa generación de autores latinoamericanos que, en un sentido martiano, no sólo son escritores, sino

también pensadores y hombres de acción. Aunque no se mencione en el libro, no hay duda de que estamos ante un polígrafo, formado entre jóvenes románticos y modernistas que se sobreponían al tiempo en que les tocó vivir a través de una admirable velocidad intelectual. De hecho, bien se puede decir que Toruño, moviéndose entre lo provinciano y lo universal, nunca abandonó estos “credos” aprendidos en el modernismo. Precisamente, los críticos que colaboran en este volumen coinciden en el carácter modernista de la obra literaria de Toruño, tanto por su apego a la estilística dariana como por su actitud frente al papel que la obra debe desempeñar en la sociedad. Es decir, del modernismo hereda la estilización del lenguaje, las exploraciones teosóficas y fantásticas, el descubrimiento del regionalismo y la conciencia histórica de la literatura como agente de transformación social. Al analizar la narrativa y la poesía de Toruño, los críticos destacan su compromiso histórico, sobre todo su postura antiimperialista. Al respecto, el antiimperialismo de Toruño pertenece a una etapa postarielista en la que ya se habían consumado los temores modernistas sobre la presencia norteamericana en la región centroamericana. De hecho, su novela *El silencio* (1935) y su libro de relatos *De dos tierras* (1947) se analizan no sólo a partir de su apego a la estética modernista, sino también como narrativas de la insurrección vinculadas a la lucha de Sandino.

Así, como parte de su herencia modernista, Toruño se movía entre dos espacios: uno privado y otro público. Como acierta a mencionar David Escobar Galindo, “Toruño era un hombre interior constantemente volcado hacia afuera”. Por lo tanto, sus exploraciones individuales, del espíritu o el intelecto, se complementaban con principios compartidos en colectividad. Como es sabido, el discurso literario modernista constituyó el espacio de convergencia de diferentes influencias estéticas y, más tarde, de los discursos nacionalistas. Toruño hereda estas preocupaciones literarias y sociales. Del modernismo también aprendió el oficio de fundar una patria en el exilio, así como los escritores modernistas —americanistas y desarraigados— habían fundado diversas patrias en su vagamundo. No hay tiempo para la quietud, decía Martí en Nueva York, “todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento... Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas”.

El hecho de volcarse hacia los otros está estrechamente vinculado a una parte de la obra de Toruño que, como se advierte en el libro, es difícil cuantificar: su magisterio. De ahí que las editoras hayan incluido el testimonio de los escritores salvadoreños Manlio Argueta, David Escobar Galindo, David Hernández y Armando Molina, para quienes Toruño fue un maestro severo y generoso que contribuyó a promover su obra de juventud. Estos escritores reconocen no sólo el apoyo recibido a través del consejo oportuno y la publicación de sus primeras obras, sino también la importancia de los estudios críticos e historiográficos de Toruño para el conocimiento de la literatura salvadoreña. La inclusión de estas crónicas de primera mano también contribuye a crear un puente saludable entre la crítica académica y el tono humano del libro. Al respecto, cabe señalar que los estudios académicos del libro provienen de diversas fuentes analíticas; entre otros se destacan los análisis preceptivos, marxistas, estructuralistas y lingüísticos.

Entre tanta labor, queda pendiente la recopilación de la obra periodística de Toruño.

Este libro es un homenaje y un llamado. Por una parte, salda una deuda histórica con un escritor que tanto hizo por la literatura centroamericana y, por otra, hace un llamado, en un sentido martiano, a no abandonar el compromiso con el centroamericanismo.

Leonel Alvarado